

El enfermero

Pablo A. Gutiérrez

Antes de salir por la puerta de cristal de la recepción, Lorenzo dedicó una sonrisa tímida a la enfermera que desde detrás del mostrador lo despidió agitando su mano. Luego de atravesar el estacionamiento del neuropsiquiátrico, se detuvo un momento mientras el guardia abría el portón. Se estrecharon las manos en silencio y se miraron pero a las 3 de la mañana no tenían fuerzas para las palabras. Lorenzo salió a la vereda y cuando el portón se cerró a sus espaldas encendió el último cigarrillo del día. Cuando llegó al auto, vio que en la vereda de enfrente el bar de la zona estaba abierto.

El mozo salió del bar, se acercó a la mesa de Lorenzo y le sirvió una generosa medida de la ginebra que había pedido. Era su primera semana de trabajo en la clínica y aunque no estaba conforme con el horario, con sus antecedentes laborales, no podía darse el lujo de elegir. Sorbió su ginebra con la amargura del recuerdo de su reciente despido. Esos psiquiatras del Hospital Lavardén lo estuvieron acechando durante meses hasta que lograron que el director lo despidiera. De nada sirvieron sus explicaciones ni sus buenos antecedentes como enfermero universitario, lo más importante para el Director fue que sus actos no se ajustaron al reglamento. Terminó su bebida y decidió olvidar ese incidente. Era hora de otra ginebra y el mozo, desde el interior del bar, lo entendió.

El Director médico de la clínica lo había contratado hace unos días luego de revisar durante semanas sus antecedentes. Encendió un cigarrillo y lanzó el humo hacia arriba imaginando al Director llamando al Hospital Lavardén para comprobar los registros de servicio. Estaba seguro que los años que trabajó con el Dr. Castillo, en el servicio de guardia del Hospital Monteagudo eran un antecedente muy favorable. El Dr. Castillo era un hombre de agudo sentido del humor y amplios conocimientos de psiquiatra. Fue este médico quien lo recomendó para cubrir la vacante

de enfermería en el piso de enfermos crónicos del Hospital Lavardén. Aplastó el cigarrillo con el zapato mientras sonreía recordando los dos únicos defectos de Castillo, las corbatas de colores chillones y su fanatismo futbolístico por Deportivo Pila. Un hombre sin desarrollo estético, pensó.

Consultó la hora en su celular y comprendió que con el cambio de horario de trabajo le sería difícil conciliar el sueño. Antes de que se apague su teléfono móvil vio la foto de fondo de pantalla en la que aparecía con sus antiguos compañeros del Hospital Lavardén. Los pacientes del piso de enfermos crónicos requerían una atención especial y Lorenzo estaba seguro de acordarse de todos. Su paciente favorito fue Don Zacarías, un hombre bondadoso que padecía demencia senil. El anciano por lo general recordaba el nombre de Lorenzo y se mostraba agradecido cuando se presentaba en su habitación para llevar sus medicamentos o la cena. Don Zacarías tenía la costumbre de guardar caramelos de anís en el bolsillo y mientras con una mano llamaba a Lorenzo, con la otra le ofrecía un caramelo. La tarde siguiente al fallecimiento, el hijo del anciano fue a la clínica a retirar las pertenencias de Don Zacarías y se presentó a Lorenzo. Según le dijo, siguiendo los deseos de padre, le entregó una caja pequeña de cartón con un árbol dibujado en la tapa. En su interior había algunos caramelos de anís.

Bebió un sorbo de ginebra y al apagar el cigarrillo en el cenicero de metal, la mesa se movió desbalanceada. Sintió un poco de frío, pero estaba cómodo en la vereda del bar con su bebida y sus recuerdos. La señorita Diana tenía su propia habitación, como todos los pacientes del piso de enfermos crónicos, y estaba internada desde antes que Lorenzo fuera a trabajar al Hospital. Lorenzo recordó que cuando entraba a su habitación, se percibía un leve olor a orina y la señorita Diana estaba despeinada y mordisqueaba sus uñas con ansiedad. Mientras colocaba los alimentos en una mesita blanca con ruedas, la mujer, sentada en la cama, seguía sus movimientos con la mirada. Lorenzo había leído en la historias clínicas que la paciente tenía un severo trastorno de la personalidad que podía haberse originado por los abusos sufridos durante su adolescencia.

Se acordaba con simpatía que la señorita Diana respondía a los comentarios de Lorenzo con leves gruñidos. Los enfermeros y médicos del piso estaban convencidos de que Lorenzo era su favorito ya que era el único que obtenía respuestas audibles de la paciente. Recordó que una tarde, mientras preparaba los medicamentos de la señorita Diana, al abrir el cajón de la mesa de luz observó unas servilletas de papel arrugadas con anotaciones. La mujer reaccionó cerrando el cajón de modo casi instantáneo y Lorenzo pudo observar su ceño fruncido. Lorenzo retrocedió con lentitud, levantó las manos y pidió disculpas antes de salir de la habitación.

Al día siguiente de aquel episodio, Lorenzo llevó un cuaderno y un pequeño lápiz que colocó en silencio sobre la mesita de luz mientras la señorita Diana seguía con atención todos sus movimientos. Desde entonces, cuando Lorenzo entraba en la habitación, era la mujer quien abría el cajón y le mostraba como las hojas del cuaderno se llenaban con sus anotaciones. Cuando el enfermero observó la alegría de la señorita Diana por la escritura concibió la idea que le costó el despido de su empleo, pero en ese momento le pareció una idea brillante.

Lorenzo se levantó el cuello del saco para abrigarse y pidió al mozo que le sirviera otra ginebra. El mozo lo miró con seriedad, pero Lorenzo asintió sonriente y el mozo se alejó para preparar su bebida. Al encender el cigarrillo se le iluminó la cara y seguía pensando que la idea del cuaderno fue muy buena. La señora Marta era todo lo opuesto a Diana. Siempre sonreía y llevaba el cabello recogido con una cola rubia. La habitación de Marta olía al perfume del jabón de coco que había en el baño. Marta siempre estaba de pie mirando por la ventana con las manos enlazadas en la espalda. Siempre miraba hacia la vereda que estaba frente al Hospital y su postura le recordaba a la directora de su colegio viendo desde el rectorado a los alumnos en el patio de recreos. El humo del cigarrillo lo obligó a entrecerrar los ojos mientras se preguntaba ¿qué había de malo en procurar que dos mujeres solas tengan correspondencia entre ellas?

Se lo propuso a las dos y ninguna mostró disgusto. Le pidió a Diana que escriba unas líneas en el cuaderno para Marta y ésta le respondería escribiendo allí. Por su parte, Lorenzo, fiel a su promesa, no leyó ni divulgó el contenido del cuaderno. El enfermero colocaba sobre la mesa de luz de Diana la caja con el dibujo del árbol y al día siguiente retiraba la caja. Luego entregaba la caja a Marta que, cuando había respondido, con una inclinación de la cabeza le indicaba a Lorenzo que el cuaderno estaba listo.

Las mujeres se escribieron con intensidad e interés creciente. Lorenzo, fiel a su promesa, jamás había leído los textos elaborados por Marta y Diana. Era algo privado entre ellas. El jefe del servicio de enfermos crónicos había descubierto la caja con el árbol y su contenido y enterado de las actividades de Lorenzo convenció al Director para que lo despida.

El mozo sacudió el hombro de Lorenzo que estaba dormido sobre la mesa. Pidió disculpas, pagó las ginebras y se alejó rumbo al auto. Encendió otro cigarrillo y como no creyó que fuera buena idea conducir de regreso hasta su casa, apagó el cigarrillo y se acostó en el asiento trasero. Se preguntó si no era hora de dejar de beber y fumar. Antes de dormirse sonrió pensando que estuvo muy bien fomentar la correspondencia entre Diana y Marta, una mujer con personalidad disociada.